



El Magnificat

El Magnificat es un canto revolucionario para todos los poderes políticos, económicos, religiosos, que Lucas pone en la vida de María, la primera discípula, para que ella nos lo transmita a los que queremos seguir a Jesús y ser discípulas/os

“Proclama mi alma la grandeza del Señor”

Cuando hablamos de la grandeza de Dios imaginamos tal vez la grandeza del universo, de la creación, pero, ¿Nos imaginamos la grandeza de Dios desde el Padre-Madre, Abba, como lo llama Jesús?

La grandeza de Dios es el amor, que la persona viva con dignidad (San Ireneo).

María le enseña a Jesús a descubrir esa grandeza de Dios, grandeza que destroza todos los poderes que no son servicio.

“Se alegra en Dios mi salvador”

Esa grandeza del Padre se hace concreta en la salvación que Dios quiere para todos, que nos mira como hijas/os y que solo quiere nuestra felicidad Y que nos amemos.

María debía ser muy mal vista y criticada por su embarazo fuera del matrimonio, pero le enseña a Jesús a que Dios es incapaz de castigar, solo sabe salvar-amar, hasta a los que le hacen la vida imposible.

“Porque ha mirado la humillación de su esclava”

María es consciente de sus limitaciones: como mujer del siglo I, como pobre, como nazarena. Pero Dios la quiere con locura desde esas limitaciones.

Las/os discípulas/os somos limitados, pero Dios respeta esas limitaciones y las salva desde el amor.

“Desde ahora me felicitarán todas las generaciones”

Dios Padre y Jesús felicitan a María porque está al pie de la cruz sin entender, pero entregando su espíritu al misterio del Amor que salva.

No busquemos felicitaciones y éxitos que aplauden para quedar bien, busquemos que los crucificados nos acojan y nos llamen Mamá-Papá e hijas/os.

“Porque el poderoso ha hecho obras grandes por mí”

La vida de María y lo que le enseña a Jesús, es el camino para descubrir la grandeza de Dios, el Amor.

La experiencia de ser tan amados por Dios, nos desborda y hacemos y amamos lo que no nos creíamos capaces.

“Su nombre es sagrado”

María va descubriendo en su maternidad y acompañamiento de Jesús que las personas, todas ellas, son sagradas para Dios y las cosas son sagradas en la medida que se utilizan para el servicio y la dignidad de las/os otras/os.

Dios nos habla a las/os discípulas/os a través de las personas sagradas porque Dios les ha dado la dignidad de hijas/os. Esto lo hace de una manera especial con los que no cuentan, los que no son importantes, las personas sencillas.

“Su misericordia con sus fieles continua de generación en generación”

María en el siglo I no tiene derechos a considerarse fiel, ni a poder expresar en público su experiencia de Dios. Por eso rompe toda idea religiosa que humilla a los pequeños, los primeros invitados a la mesa del Banquete del Reino.

Dios nos sigue regalando tener el corazón del pobre o estar a su lado (misericordia= corazón del miserable) a través de nuestra historia. Hay multitud inconmensurable de discípulas/os repartidos por toda la tierra.

“Su poder se ejerce con su brazo, desbarata a los soberbios en sus planes, derriba del trono a los potentados y ensalza a los humildes”

Lo que con su vida le ha ido transmitiendo María a Jesús, se le hace clarividente en el bautismo: “Tu eres mi Hijo muy amado”. Y continuará en la vida pública de Jesús hasta el extremo de la cruz y el desborde amoroso de la resurrección.

Desde donde miramos, juzgamos, amamos el mundo: ¿Desde el alero del Templo, o desde las cunetas de los “fracasados”?

“Colma de bienes a los hambrientos y despide vacíos a los ricos”

Esta frase hay que leerla desde las bienaventuranzas y maldiciones del evangelio de Lucas. El rico nunca sabrá si los demás lo quieren o buscan su riqueza, por eso se transforma su vida en codicia.

¿Qué bienes somos capaces de descubrir y amar en los fracasados?
¿Somos capaces de descubrir la vaciedad de la codicia?

“Socorre a Israel su siervo, recordando la lealtad.

María no se vive como privilegiada, se vive como servidora y representante de una familia nueva donde ya nadie es propietario de las personas, donde somos una familia de siervos, lo que Dios quería cuando elige a Israel.

La Iglesia, nosotros, bautizados, ¿somos privilegiados, tenemos derechos ante Dios de privilegio o somos servidores para que tengan derecho los demás?

María se fía de Dios sin saber cómo será su mañana. Siente en su vida de ternura con Jesús y sus momentos duros que Dios de Amor la acompaña.

Somos hijas/os y esa dignidad nadie nos la puede, ni podrá quitar jamás.

“En favor de Abrahán y su linaje por siempre”

María no es agraciada, privilegiada, en su mundo del siglo I en Galilea. Pero se fía de su Hijo y de su Padre/Madre. Sale con Jesús a peregrinar y a formar una nueva familia, no de sangre, sino de fraternidad y servicio.

¿De quién en realidad y sin mentirnos, nos fiamos y creemos en él, aunque no conozcamos el mañana donde nos llevará a “no tener un lugar donde reclinar la cabeza”?